

¿Se ha puesto en marcha la revolución de la paz?

Pedro Francisco Gago Guerrero
Profesor titular de Filosofía del Derecho de la
Universidad Complutense de Madrid

SUMARIO: I. SOBRE EL CARÁCTER DE LA MOVILIZACIÓN.—II. LA CONFUSIÓN EN EL ORDEN.—III. ¿CABE ELIMINAR LA GUERRA?—IV. ACERA DE LA PAZ.—V. ¿GUERRA CRIMINAL?—VI. LA PERSPECTIVA NORTEAMERICANA.—VII. LOS LÍMITES DEL PACIFISMO.—VIII. UN DESIERTO DE IDEAS.—IX. LOS DERECHOS HUMANOS Y LA GUERRA.—X. CONCLUSIÓN.

I. SOBRE EL CARÁCTER DE LA MOVILIZACIÓN

A tenor del alto número de manifestantes que se opusieron a la intervención militar anglosajona en Irak, es posible que las sociedades hayan sacado a la luz sus ansias pacifistas y se haya avanzado muchos grados en la aspiración a la paz perpetua. Podría ser el inicio de un acontecimiento histórico. De ahí la necesidad de analizar las peculiaridades del movimiento y determinar cómo se inscribe su relación con la paz y la guerra, con el fin de aclarar, para la comprensión histórica, su significado político y moral y su influencia en el orden internacional. Asimismo, interesa saber su relación con el progreso social y confrontarlo con la política internacional para comprobar cómo se conjugan los deseos de paz con las acciones y los intereses de la realidad internacional.

El carácter predominante del movimiento surgirá de las razones por las cuales la muchedumbre se lanzó a la calle intentando detener una guerra, así como la coinci-

dencia con el rechazo de varios Estados a la intervención militar en Irak. De antemano puede deducirse que si los deseos de las manifestaciones provinieron de una conversión sincera a la paz, y por coherencia siguieran en la misma línea en la vida ordinaria, se estaría ante la exigencia de una amplia voluntad colectiva de reducir considerablemente la violencia social, incluso hasta cambiar la naturaleza de las relaciones internacionales. Ante la posibilidad de haber pasado por una revolución histórica, la «revolución de la paz», queda más que justificado detenerse también para profundizar en el espíritu de las movilizaciones, sin perder de vista si coexiste con otras formas de violencia, y, por supuesto, comparar la respuesta en relación a otros conflictos y guerras existentes en el mundo.

Para nuestro análisis se precisa tener en cuenta los diversos elementos que motivaron el rechazo a la guerra, pues podría haber surgido espontáneamente al haberse producido con anterioridad cambios tan profundos en la sociedad que justificarían el «estallido» pacifista. También cabe pensar que la negación de la lucha armada pudo proceder de una fuerte concienciación sobre el respeto a los derechos humanos del pueblo iraquí y un crecimiento de la sensibilidad sobre las desgracias públicas y de modo especial respecto a toda guerra. Es decir, el examen del movimiento requiere tener presente cómo se conduce el conjunto en la vida cotidiana, preguntándose acerca de las posibilidades de haber aumentado la propensión humanitaria, la percepción de la justicia, la contraviolencia, la actividad colectiva y voluntaria en favor de los más indefensos, etc. En definitiva, se trata de buscar la naturaleza del movimiento, comparándolo con otros períodos anteriores o con los momentos en que los individuos no actúan en conjunto.

En cuanto a conocer si han podido desarrollarse ampliamente los contenidos de los derechos humanos en lo que respecta a la paz, sería engañarse si se aceptara que lo fundamental es la movilización de las multitudes, pues lo importante es que haya habido una profunda concienciación para mantener la paz, con el deseo de no provocar

tragedias colectivas y personales, arrinconando cada vez más tanto a la guerra como a la violencia. En pocas palabras, sería un progreso en la historia si las movilizaciones contra la guerra hubieran sido una verdadera lucha por la paz. Sin embargo, no puede descartarse que las posturas antiguerra podrían haber obedecido a intereses distintos a los de la paz en general.

A simple vista el movimiento ha sido homogéneo por el objetivo: presionar para evitar la intervención anglosajona en la guerra. En cambio, es dudoso que hubiera tantos militantes de la paz. Lo prueba la procedencia ideológica de los manifestantes: anarquistas, comunistas, que no han renunciado a la guerra revolucionaria contra el sistema capitalista y, sobre todo, contra Estados Unidos, o, los más numerosos, los socialistas, que tampoco han dicho adiós a las armas, ya que cuando han obtenido el poder en el Gobierno no han eliminado los ejércitos.

Grosso modo, se puede adelantar que en el movimiento se juntaron tres actitudes: 1. la de los pacifistas sinceros, que por ética rechazaban la guerra —y ¿toda violencia?—; 2. los interesados en detener la expansión de los Estados Unidos, que siguen la causa del utopismo totalitario del siglo XX a los que el conflicto les hizo tomar un protagonismo ya perdido en sus países; 3. y a un tercer cuerpo, mucho más numeroso, le movía un antiamericanismo y un antibelicismo momentáneo al que se sumaron siguiendo la puesta en escena de los partidos que no ejercen la función de gobierno.

II. LA CONFUSIÓN EN EL ORDEN

Que mucha gente haya participado en las movilizaciones no significa que conociera las causas de la guerra. No hay riesgo de equivocarse al sostener que la mayoría no tenía claro en que se funda y se asienta la política, la guerra, la moral, etc. Tiene todos los visos de ser uno de tantos movimientos basados en el deseo y en el desconocimiento de la realidad. A esta ignorancia han contribuido

las ideologías y muchos intelectuales por provocar un desorden mental confundiendo a los ciudadanos, pues no saben situarse mínimamente en las coordenadas naturales, proyectando sus ilusiones utópicas como posibilidades reales y creen que con sólo imaginar está hecha la parte más difícil para cambiar la realidad. Al ciudadano actual se le presentan tantas deformaciones que no puede entender ni las estructuras, ni los sistemas, ni los órdenes, aunque puede seguir un reduccionismo erróneo a través de un lema publicitario.

Para comprender la política internacional, los ciudadanos se guían por las simplificaciones de las ideologías y los ideólogos, popularizados en parte por el periodismo. Por ejemplo, aplican la visión leninista a toda relación entre un país desarrollado con otro subdesarrollado. Esta casta tan influyente pretende imponer la información como un derecho superior a la propia guerra. Se ha podido ver cómo los corresponsales se quejaban de no poder informar sobre lo que querían. Hay que tener un cierto grado de retraso mental para pensar que en la guerra el periodista puede informar a gusto del diario. En la guerra hay censura, y la verdad, suponiendo que el periodista la haya captado, queda subordinada a sus fines. Cualquiera sería capaz de entender que al enemigo no se le pueden suministrar datos fidedignos. Pero el enviado aspira a que la información sea más importante que lo que está acaeciendo. Les gustaría afirmar que el verdadero acontecimiento procede de la información que hace la historia y no de las conductas a partir de las cuales surge la acción.

En toda sociedad hay fuerzas que quieren imponer sus ideas o intereses. En la actualidad son innumerables las que surgieron de la propia sociedad, del desarrollo económico, de las profesiones, etc. y varias de ellas las que intentan desplazar los viejos centros de poder. Quieren apartar a los elementos que fueron clave en el desarrollo de las sociedades del pasado para imponer los que conduzcan al hombre por la senda del progreso. Así se introducen los suficientes elementos humanitarios con el fin de cambiar según los proyectos utópicos. De esta manera se logrará

deformar el orden natural de las cosas por la presión y afirmación de las creencias inmanentes, pretendiendo con ello desplazar los ejes por los que tradicionalmente se mueve la historia por otros nuevos artificialmente contruidos. Es evidente que hay una mayor dispersión de fuerzas que en otras épocas y que algunas de ellas han adquirido tal predominio que distorsionan mentalmente a los integrantes de la sociedad.

Esto es debido a que se ha impuesto como irrefutable la creencia en el progreso. Creencia que da carta blanca a que todo se pueda cambiar según lo pretendido, sin cuestionar la posibilidad o la condición natural que ha determinado unas coordenadas de las que no se puede salir, salvo que se le consiga dar la apariencia de otra forma distinta.

De manera similar ocurre con la ideología colectivista, que obliga a llevar a cabo una especie de orden a partir de lo imaginado. El salto adelante ideológico supone entrar en un esquema rupturista con respecto al pasado, pues aunque haya fallado estrepitosamente en muchos países, se pretende que siga teniendo validez, debiéndose impulsar de nuevo con viejas estrategias. Esto es, hay que proyectar *ad nihilo* lo que se quiere realizar sobre cada una de las personas y en el ámbito colectivo y, mediante un mero voluntarismo, ensayar las formas convenientes que surjan para cada situación.

Sin embargo, la realidad prueba que las sociedades siguen moviéndose por intereses parecidos a otras épocas y en las horas más críticas se acaba recurriendo a las fuerzas de siempre.

III. ¿CABE ELIMINAR LA GUERRA?

Nada se puede objetar a que los ciudadanos quieran defender la paz. Buscar una paz duradera debe ser un objetivo de todo cuerpo político que quiera dedicarse a otros menesteres que los de enfrentarse militarmente con otras sociedades políticas. Sin embargo, puesto que no todos

aceptan la complacencia del acuerdo y someter las diferencias de intereses al compromiso, toda unidad política debe preservar su seguridad en caso de conflicto. Sería una ingenuidad creer que la voluntad de un amante de la paz produce positivamente un proselitismo pacifista general. Igualmente constituye una quimera creer que la paz puede llegar a través de la educación, como si no hubiera quedado demostrado una y otra vez que ésta última, a pesar de los eslóganes y deseos, no ha hecho disminuir la violencia en nuestras sociedades. Y también es un error defender que el propio desarrollo social acabará con la guerra. La paz sólo es posible cuando los Estados mantienen el compromiso de la paz. El problema sobre los límites temporales de la paz comienza cuando uno de ellos quiere imponer su hegemonía, lo que impedirá probablemente mantenerla.

Hoy el pensamiento sobre la guerra y los conflictos se mueve entre dos antagonismos que no son sino la expresión del establecimiento de un camino histórico:

1. Por un lado, la doctrina progresista, que ve la posibilidad de avanzar sustituyendo gran parte de los principios, valores y elementos del pasado mediante la corrección y eliminación de lo que no ha hecho posible la justicia, la igualdad... A su vez presenta dos notas clave y contradictorias: A. La vuelta a la real naturaleza del hombre en cuanto se quede libre del artificio de una cultura que se ha basado en el dominio del hombre sobre el hombre; y B. La construcción de una nueva sociedad y un nuevo ser humano. Los dos, que confluirían en una síntesis armoniosa, suponen que el proyecto puede llevarse a la práctica mediante la aceptación gradual de la doctrina y los cambios en las conductas que crearán una sociedad pacífica. El planteamiento marxista de la relación entre la infraestructura y la superestructura es irreprochable, porque se avanza con la ayuda del poder, se eliminan todos los contenidos artificiales que impiden la puesta en escena del hombre en su real na-

turalidad y se cambia el sistema para llegar a realizar la historia auténtica del hombre, liberado de las ataduras ajenas a su dimensión personal y comunitaria. Naturalmente quedan superadas las morales y todas las religiones que exigen un comportamiento del hombre según los mandatos. De este modo la mayoría de las éticas, como la cristiana, que obliga a tratar al otro hombre como hermano y a cumplir los mandamientos, son excluidas por haber fracasado, pues el hombre ha seguido siendo el mismo, sin haber aumentado su capacidad humanitaria.

2. La segunda muestra de la racionalidad es la que percibe una relación entre progreso y permanencia en los órdenes y en la naturaleza humana. Es indudable que se pueda avanzar por la acumulación humana de la experiencia, por el desarrollo científico y tecnológico. Sin embargo, el hombre no puede eliminar de sí todo lo que hasta ahora ha sido una constante en la naturaleza humana. El pacifismo seguido por las masas, muchas veces motivado por la ignorancia o el interés, cree que la paz nace ajena al pasado. Se analizará la pretensión pacifista desde este aspecto.

Excede el contenido de este trabajo analizar las diversas formas de pacifismo. Dejando aparte aquél que se opone de modo absoluto a la guerra y a la existencia de las instituciones militares, nos centraremos en algunos de ellos, por ejemplo, el que parece tener más importancia en el desarrollo humano: la desaparición de la guerra eliminando sus causas. Entre otras alternativas cabe elegir: la de implantar la razón del diálogo por encima de la fuerza de la violencia; la extensión universal del Derecho Internacional para favorecer la obediencia de los pueblos y naciones, imponiendo procedimientos judiciales internacionales; la progresiva erradicación de la miseria y de la pobreza; la concienciación de que la violencia perjudica a casi todos; la eliminación progresiva de las armas; el pro-

greso de la razón en la sociedad que aportará el convencimiento de la inutilidad de las guerras, etc.

Una mentalidad no sólo pacifista, sino afecta a otras muchas ideologías piensa que los horrores producidos por la guerra acabarán con la guerra misma. Idea asumible porque en los momentos actuales la capacidad destructiva de los Estados podría ocasionar grandes tragedias humanas. De hecho ha habido y hay una clase de paz: la del temor, nacida del miedo a provocar una tragedia hiperbólica. Se puede pensar que, ante este problema, el hombre se hará más razonable y se pondrán en marcha los mecanismos para evitarla, como el desarme y la adaptación a la paz de todas las organizaciones e instituciones. Si bien las posibles consecuencias de la guerra pueden paralizar el inicio del conflicto, hay suficientes pruebas de que los hombres han sido igual de pasionales y han preferido seguir adelante a pesar del sombrío porvenir. Ello se entiende si tenemos en cuenta que existe el ansia de poder, la ambición, etc., que, cuando se afirman por encima de los deseos de paz, facilitan el estallido del conflicto. No debe olvidarse que la paz es un deseo que ha de ser más fuerte que la tensión que provoca cualquier litigio y las múltiples motivaciones que influyen en las conductas. La paz definitiva se implantará cuando los opositores estuvieran dispuestos a aceptarla sobre cualquier otro beneficio. Aquí se necesita la confluencia de la transigencia, la aceptación del arbitraje aunque sea injusto, el perdón hacia el otro y la desaparición de la condición del enemigo para los dos bandos enfrentados.

También se suele defender que en las transformaciones que se operan en el sistema internacional podrá imponerse el predominio de la juridificación de las relaciones entre las distintas unidades políticas. Se espera que, de la misma manera que se ha creado un orden jurídico en el interior de los Estados, podrá establecerse otro similar en el ámbito internacional, quedando todas las conductas sometidas al Derecho Internacional. Naturalmente ha de tenderse a una decisión única y no a muchas otras procedentes de varios centros de poder, por lo que irán desapare-

ciendo los Estados soberanos sustituidos por una especie de federación de Estados, para dar luego paso a una Federación universal que formará la institución mundial de un Tribunal mundial, y todos los conflictos políticos se resolverán por la vía de un procedimiento judicial.

La creación de un Estado mundial constituiría un cambio esencial en las relaciones internacionales, y su afianzamiento supondría poder llegar al final de las guerras, pues el Estado, una vez que impusiera el desarme, jugaría un papel de policía, limitándose a controlar los lugares conflictivos, poniendo así su enorme fuerza al servicio del mantenimiento de la paz.

Se habría llegado a una conversión del hombre en la historia. Pero esta conversión es muy difícil, pues la única manera de llegar a alcanzar tal ideal precisa ante todo que los gobiernos decidan que uno solo ostente la capacidad de mando, aunque también sería factible mediante la creación de una gran fuerza conjunta que desarme a los Estados que no quieran participar del nuevo sistema, siempre que no sea una superpotencia y las relaciones sean tan firmes que este Estado no pueda prescindir de ellas. También sería fundamental que se produjera un cambio profundo en el sistema internacional, al ser imposible unificar el mundo a través de una única cultura y pudiendo recurrir al conflicto como medio político. La política perdería lo que hasta ahora había sido uno de los elementos esenciales y el Derecho asumiría el papel principal de la sociedad internacional.

Además, el proceso considerado como inevitable, habrá de realizarse mediante la conjunción de una economía colectivizada y una política que beneficie a las sociedades, mediante el paso gradual a un ejercicio del poder en el que no caben las decisiones violentas a través de grupos militares.

Por tanto, la idea de la desaparición de la guerra —que es distinto a que se quiera evitarla— sólo tiene dos posibilidades de tener éxito: a través de una concienciación universal de que los litigios han de resolverse mediante el

diálogo e instaurando un sistema que impida cualquier veleidad belicosa.

Si la guerra fuera desapareciendo por la presión de parte de la población, significaría que la capacidad constructiva y científica de los hombres superaría lo que hasta ahora ha sido la esencia de los campos normativos. Que el hombre fuera capaz de desterrar la guerra, supondría que habría sido capaz de construir un sistema prescindiendo de todos los condicionantes dados en todas las sociedades y que los postulados de la Ilustración, el cientifismo y el constructivismo tendrían su parte de razón. Se acertaría plenamente deduciendo que el hombre se ha desarrollado tanto debido a la supresión de los condicionantes que rigieron todas las sociedades hasta que por fin se pudieron crear otras normas de vida y cambiar las condiciones de la existencia. Naturalmente se prescindiría definitivamente de invocar a cualquier ser trascendente para que interviniera en la vida humana, pues, a partir de entonces, el hombre ya podría determinar su propia vida. El final de las guerras sería el triunfo del hombre sobre las ruinas de un tipo enajenado de ser humano que ha podido superar su estado por la autocapacidad de evolucionar hasta imponerse a la naturaleza ya todos los condicionamientos de su existencia, aunque la presión de su libertad le permita establecer contenidos que, según se usaran, cambiarían las colectividades, las creencias y las ideas. La desaparición de la guerra implicaría que las sociedades se formarían bajo las formas pacíficas de cambio, mediante el acuerdo que haría mudar la historia a través de actos de relación pacífica de diversa clase.

La relaciones humanas, en adelante ajenas a las luchas y a las discordias, serían el resultado de haber sabido domesticar a la fuerza y al poder, a la violencia y al odio, a la hostilidad y al miedo. Hasta ahora, el movimiento se ha pensado que era producido por cualquiera de estos elementos, a los que habría que añadir la incultura, el subdesarrollo mental, etc., y, sobre todo, el determinante económico, lo cual quiere decir que es obligado superar el pasado mediante un salto cualitativo que tomará el camino de

la paz definitiva, superando la agresividad colectiva. En esta idea se asienta la posibilidad de la transformación histórica a una sociedad universal pacífica.

Ante la constatación de que, hasta ahora, no se ha podido erradicar la guerra y que incluso los regímenes retóricamente pacifistas, como los comunistas, son igualmente violentos y están más armados que los que juzgan como belicistas y que su relación ha estado presidida por el dominio y la enemistad, los progresistas los defienden como los naturales ensayos producidos en la historia. Los fracasos no permiten deducir que la paz resulte imposible, sino que en la historia es preciso probar, para rectificar después y ya continuar por el camino correcto.

Como la guerra es un estado potencial para todas las sociedades políticas, se presume la pregunta: ¿Es posible que el hombre pueda hacer una nueva historia y transformar su conducta creando sistemas políticos que vayan reduciendo las formas de actuación que tienen como norma el interés y el aprovecharse del otro? Responder afirmativamente supondría que se superarían aquellos contenidos morales, jurídicos y políticos que no han logrado hacer mejor al hombre, ni posibilitar una verdadera comunidad en la que se hayan superado los signos colectivos de violencia y demás lacras sociales.

En verdad, sólo cabe un sistema para conseguirlo: mediante la instalación de aparatos colectivos represivos de las tendencias individuales, como formas distintas de poder que cambiasen la conducta basada en el interés individual por el interés de todos. El problema es cómo poner el remedio justo que permita superar las potenciales divergencias humanas, ya que no puede haber una toma de decisiones, esto es, una medida que beneficie a todos y nadie salga perjudicado y que haya conformidad con la situación que vaya en contra de sus intereses.

Naturalmente el individuo busca estar lo más satisfactoriamente posible. Lo imposible es que todos lo estén y no se produzcan quejas sobre las decisiones que les puedan perjudicar; que sea capaz de neutralizar las posiciones en contra; que siempre razone correctamente; que sus actos

sean justos; que cada uno esté dispuesto a ceder ante una posibilidad de confrontación y que lo corriente sea estar dispuesto, en cualquier circunstancia, a sacrificarse por cualquier persona, etc.

IV. ACERCA DE LA PAZ

Hasta ahora, en la historia de la humanidad se ha producido una división entre unidades políticas que de modo regular se han hecho la guerra. Cuando se habló en tono mitinero de la «revolución de la paz» pretendiendo reflejar una realidad, no había mayor despropósito. Lo que de verdad ocurría es que se estaba obligando a unas unidades políticas a acatar la paz con las únicas posibles medidas de fuerza que se poseían. La oposición a la guerra no ha sido una forma especial de humanitarismo, pues se manifestaron las peores formas negativas de sentimiento e interés, que no predicen una nueva era basada en la confraternidad. Ni súplica, ni medios morales de contención; tampoco comprensión con los que estaban dispuestos a acabar con el régimen iraquí. De haber desatado la violencia, el lema se haría injustificable, por lo que sólo les cupo el recurso de presionar en la calle a través de la violencia psicológica descalificando a quienes no participaban de la ilusión. Así es imposible construir un estado perpetuo de paz, pues el odio y el rencor no casan bien con la fraternidad y la solidaridad entre los pueblos. Además, se partía de una idea inexacta, no hay una sola paz, pues la heterogeneidad de las situaciones internacionales conduce a adoptar diversos tipos de paz.

La paz no es ni puede ser revolucionaria, porque no hay la menor garantía de que pueda producirse un cambio absoluto, sobre todo, cuando se comprueba que en la historia las personas se han conducido siempre de la misma manera. Aunque la paz es producto de la voluntad humana, resulta imprescindible el acuerdo unánime para establecerla y así, en cada momento histórico, no sólo basta lograrla, lo difícil es imponer esta voluntad sobre cualquier otra.

La tendencia a la guerra es debida a que no se admiten las condiciones de paz y se pretende cambiarlas a fin de establecer otra clase de paz. La guerra nace de las condiciones de paz. De la misma manera surge otro tipo de conflictos: hay individuos que no aceptan las situaciones, las leyes, etc. y se mueven contra los demás para obtener cualquier beneficio, privándoles de sus oportunidades, derechos, etc.

Aunque la paz sea un objetivo, la guerra en no pocas ocasiones es necesaria. La guerra ha movido la historia, ha generado acontecimientos que han resuelto muchos problemas. Muchas veces, la libertad, la igualdad y una mayor justicia han logrado establecerse gracias a ella. No es posible sostener que la guerra no resuelve nada y que hay que detenerla al precio que sea. Se deberá impedirle a condición de que siempre se imponga una decisión justa y se admitan los valores fundamentales mediante su racional aceptación. Sólo cuando el hombre renuncie a la fuerza e imponga la razón objetiva se podrá prescindir de la guerra. Sólo cuando desaparezca todo intento de imponer despóticamente la voluntad podrá renunciarse a la posesión de las armas y a la organización militar. Mientras la fuerza de los valores y virtudes no se plasmen regularmente en la cotidianidad y sea excepcional la violencia no desaparecerán los medios violentos entre organizaciones políticas.

A veces no hay más remedio que aceptar que los gobernantes recurran al conflicto militar cuando los gobernantes creen erróneamente que un Estado presenta un peligro potencial muy superior a su fuerza real, siendo sólo posible averiguarlo mediante un conflicto. Este fue el caso iraquí, que desde la perspectiva anglo-americana parecía representar un peligro superior al que en verdad era.

Desear la paz no implica la eliminación de los intereses opuestos, ni los litigios, ni los motivos por los que existe la enemistad. El régimen iraquí mantuvo una posición cerrada, sin concesiones, por lo que no se vislumbraba otra salida que la fuerza para unos gobernantes con una paciencia limitada. Lo que está fuera de toda duda es que el solo de-

seo de paz no acaba con los odios, las rivalidades y las tensiones, siendo inevitable el choque de intereses, no siendo difícil que una tensión entre Estados pueda acabar en un conflicto armado.

En el caso del conflicto de Irak, parece que la consigna era la de paz a toda costa, aunque existiera un peligro potencial del régimen de Sadam para provocar una guerra, financiar o preparar actos terroristas. Ahora bien, el movimiento político-ideológico que, según las consignas, defendía el «no a la guerra», no perseguía la paz por sí misma, como estado superior a cualquier clase de guerra, sino que se escondían otros intereses y la guerra era un inconveniente. En cuanto a las motivaciones para ponerse en marcha contra la guerra no eran propiamente contra toda guerra, sino contra una guerra que a ellos no les convenía. Se observa que los movimientos contra la guerra coincidieran con los intereses de otros países que pretendían el mantenimiento del régimen iraquí por conveniencias económicas. A los manifestantes no les importaba que existiese el régimen despótico de Sadam, preferían la paz del despotismo a la posible «guerra liberadora» llevada a cabo por el país que consideran el principal enemigo del progresismo y el colectivismo.

Los opositores a la guerra han pasado por encima demasiadas cosas. Olvidaron que la paz no suprime la enemistad. Con los amigos no es necesario la paz. La paz se da entre posturas divergentes. Para que el movimiento fuera verdaderamente pacífico debería haber exigido a Irak la garantía de que iba a respetar los pactos y no usaría ningún medio militar para alcanzar los objetivos. Como los manifestantes no lo plantearon, la fuerza del movimiento consistía en apoyar a Irak, intentando evitar que las potencias anglosajonas le hicieran la guerra con el ánimo de evitar la derrota. De ahí que el movimiento haya fracasado completamente, al no haber conseguido los dos objetivos que buscaban: evitar la guerra y la derrota de Irak a fin de preservar el régimen iraquí como enemigo de los Estados Unidos.

Se puede llegar a la conclusión de que las acciones colectivas del aparente pacifismo han desvalorizado la causa de la paz, al mentalizar a las poblaciones de que la paz debe ser obra de las protestas colectivas y de la voluntad de las masas y no del ejercicio político de los Gobiernos. Se ha hecho creer que la paz no es un concepto político, una realidad política y un objetivo también político.

Los manifestantes despreciaron la legitimidad de la voluntad de los gobernantes de los Estados que querían obtener garantía de seguridad y protección contra un enemigo que podía hacer la guerra a través de la actividad terrorista. Un dirigente debe estar al tanto del cambio de las condiciones en las relaciones internacionales, por lo que tiene que situar adecuadamente a su sociedad política para garantizar su papel en la política internacional y en la constante relación de fuerzas. Por eso tomará o apoyará las medidas que mejor amparen la seguridad del cuerpo político.

V. ¿GUERRA CRIMINAL?

La guerra es una de las relaciones que pueden mantener las colectividades, porque es consustancial al hombre el instinto de dominación, lo que ha de ser tenido en cuenta para hacer efectiva la paz. Para que la razón guíe la lucha, es preciso establecer las reglas del conflicto a través de un sistema que deberá respetarse por las partes. La guerra, no es un fin en sí, porque si no el deseo de violencia sería constante y la paz no vendría a ser más que una molestia implantada por cualquier motivo; es un medio de la política para cuando no quepa más remedio que tomar ese camino si no se ha podido llegar a un acuerdo.

La paz depende de lo político, que se manifiesta según se desarrolla. Los movimientos habidos en contra de la guerra de Irak eran en gran parte políticos, pues usaron la única fuerza posible de que podían disponer, con el fin de detener al adversario para que no consiguiera ningún éxito militar. Por eso sería inexacto plantear el movimien-

to como una acción pacífica, solidaria y humanitaria. La sensibilidad humanitaria en verdad consistiría en el antiamericanismo, que ante la imposibilidad de luchar contra él militarmente, se movió presionando en la calle.

El movimiento antinorteamericano continuó una tradición que había aflorado en Europa después de la 2ª G.M. Su origen se encuentra en una izquierda que, por proximidad o dependencia ideológica en la Guerra Fría, se ponía del lado de la Unión Soviética, justificando todos sus crímenes y su implacable tiranía. Fue característico del conflicto entre capitalismo y colectivismo, aunque el transcurso de los años hizo que la situación del izquierdismo cambiara profundamente. El odio a los Estados Unidos subsiste, tanto por parte del socialismo, que va a la deriva, convertido en una máquina para ocupar el poder y extraer sus beneficios económicos y sociales para quienes lo dirigen o están próximos a él, y, sobre todo, por el comunismo, que todavía sobrevive en algunos países como el espectro de antaño, derrotado y humillado. A los dos, el fracaso y desaparición del bloque oriental socialista les ha herido de muerte, viéndose arrastrados por la marcha inexorable de la libertad y por el desarrollo del sistema enemigo, el capitalista. Se ha demostrado que cuanto más se desarrolle el hombre, más difícil es que esta ideología sobreviva. El asentamiento y el avance del poder de los Estados Unidos en el mundo supone que aumentarán las dificultades para que el socialismo y el comunismo permanezcan en los países desarrollados.

Los manifestantes, muy cercanos al completo desorden mental, intentaron criminalizar a los países y a los dirigentes que entraron en guerra con Irak, confundiendo guerra con crimen. La guerra es un hecho social unido a la voluntad política de un Estado y que afecta a su seguridad, su poder, etc. Implícitamente se quiso imponer que un Estado que no se vea acompañado por la legitimación progresista supone que cualquier iniciativa militar que se tome será siempre criminal. Se mezclaron erróneamente derecho y justicia y derecho y política. Que un Estado declare la guerra a otro país no implica una injusticia, por-

que no pocas veces es imposible saber valorar la justicia de una guerra, pues, salvo excepciones, se mueven alrededor de ella intereses diversos. Hacer la guerra o perseguir la paz casi nunca se ha hecho por la sola virtud de la justicia en abstracto.

Los movimientos urbanos progresistas se convirtieron en un tribunal moral de masas y a los que eligieron la opción de la guerra se les juzgó como asesinos o cómplices de asesinato y quedaron estigmatizados. A su vez, deslegitimando la acción bélica, se quiso degradar, criminalizándolas, a las potencias anglosajonas, por lo cual, quedaba plenamente justificado tomarse las debidas represalias, simplemente dándole el calificativo de defensivas, porque la inmoralidad siempre quedaría circunscrita a un sólo bando. Aquí, contra todo lo que pueda suponerse, se manipuló ideológicamente el Derecho internacional. Pero la sentencia de los jueces sin toga, que sólo pudieron sacar un beneficio político circunstancial, nada tuvo que ver con el Derecho Internacional. El triunfo de los manifestantes supondría que la guerra o toda acción tendiente a llevar a cabo un conflicto, quedaría subordinada a la moral o a la ideología, dejando de ser un asunto político. La conversión que pretendían los manifestantes era propia de una mentalidad totalitaria, ya que lo que su aparente humanitarismo en verdad significaba era una actividad político ideológica disfrazada de moralidad. De haber conseguido su propósito, hubiera sido el triunfo del cinismo político como medio para conseguir unos objetivos ocultos.

VI. LA PERSPECTIVA NORTEAMERICANA

Una perspectiva que no tuvieron porqué percibir los manifestantes fue la necesidad de que la superpotencia hiciera efectiva su fuerza, incluso a través de la guerra, cuando otro país se opuso frontalmente a sus intereses posiblemente siendo la causa de atentados terroristas contra la población. Una superpotencia no puede admitir que un país le ataque indirectamente, puesto que alentaría a

otros países a adoptar la misma postura. Los Estados Unidos buscaron la victoria porque el éxito es lo importante en la relación entre los Estados y cuando una gran potencia tiene que retroceder, el fracaso para la colectividad que representa se puede traducir en el futuro en una mayor disposición agresiva y en la obtención de una satisfacción como consecuencia del fracaso anterior.

Aunque no forme parte de la letra de la Internacional, es corriente en el colectivismo, tachar de belicista e imperialista al régimen norteamericano. Se olvida que los Estados Unidos han sido durante tiempo un gigante herido por un conjunto de Estados que han amparado el terrorismo internacional, cuyo atentado más importante fue el 11 de septiembre de 2001. Desde entonces, el Gobierno Norteamericano ha puesto en marcha una maquinaria adaptada para una nueva lucha contra todo Estado, gobierno u organización que provoque terrorismo en su contra. A todos sus gobernantes se les exigirá tener éxito en este conflicto, por lo cual a corto plazo, si continúa el terrorismo, no será posible reducir la tensión internacional. Además, es probable, por la idiosincrasia del conflicto, que un Presidente que busque preferentemente un resultado positivo para el bien del país, decida violar determinadas normas internacionales o incluso los derechos humanos de manera subrepticia. Es justo que los Estados tengan el derecho a proteger a su población y Estados Unidos lo hará con muchos más medios que cualquier otra comunidad política. No debe olvidarse que el objetivo principal de la política es la búsqueda de la seguridad, incluyendo para preservarla el empleo de la fuerza. El Gobierno norteamericano se sintió amenazado indirectamente por el régimen iraquí, por lo que resultó lógica, desde la perspectiva política, la decisión de hacerlo desaparecer. Si Estados Unidos hubiera perdido la iniciativa o retrocedido en sus pretensiones, como querían los manifestantes, el régimen iraquí habría aumentado su participación en las acciones terroristas, al constatar la impotencia del contrario. Es decir, que en la lucha de fuerzas dentro del orden internacional, si las potencias anglosajonas hubieran cambiado de opinión y deci-

dido someterse a los Estados contrarios a la guerra y a los manifestantes, se consideraría una capitulación y saldrían muy favorecidos el régimen despótico iraquí y el terrorismo internacional, lo que significaría una derrota política, a la larga negativa para la causa de la paz.

El progresismo ha instituido otra creencia: cualquier movimiento de Norteamérica es imperialista, sobre todo si lo dirige un Presidente del Partido Republicano. A la inversa, cualquier acción perpetrada contra ese país se justifica como una lucha liberadora contra la opresión del portaestandarte del capitalismo. Amparándose en este principio, será suficiente que cualquier Estado realice una política antinorteamericana para que tenga el apoyo de una ofensiva interna de movimientos sociales en los países occidentales, pues no son pocos los que están dispuestos a servir de quintascolumnas para luchar contra el enemigo del progresismo.

VII. LOS LÍMITES DEL PACIFISMO

Una vez más quedaron demostrados los límites del pacifismo. De poco sirve que una multitud no quiera la guerra mientras haya un dirigente con poder para ordenar el ataque militar a otro país. La estrategia de la presión popular no ha bastado para doblegar a un Gobierno y mucho menos a una Superpotencia. Fracasó el democratismo asambleario cuando pretendió obligar al poder legalmente constituido a ceder ante la presión de la calle en momentos de grave emergencia. Tampoco la opinión pública ha podido detener el comienzo de la acción cuando ha habido un mando dispuesto a iniciarla. Menos todavía ha servido juzgar como ilegal o ilegítima la guerra. Y eso sin contar con que el sistema internacional es tan complejo que no es posible someterse a las rigideces del sistema jurídico-político pertinente. Cuando una potencia quiere comenzar una guerra es difícil detenerla, salvo que exista otra fuerza similar que la disuada de emplear la violencia, pues el resultado negativo sería superior al posible beneficio.

Quizá se habría conseguido favorecer la causa de la paz si los millones de antinorteamericanos hubieran querido prestarse a defender a Irak ante la intervención de un país extranjero o decidido convertirse en escudos humanos para impedir que las bombas fueran lanzadas por los atacantes. No se puede dudar que la decisión de millones de personas de viajar a Irak para defenderlo daría otro resultado histórico. Pero los manifestantes no estaban enseñados a las privaciones: la movilización no iba más allá de la pancarta, sabiendo que no tendría ningún coste personal. Los que se hacen sujetos de la historia, hacen coincidir las ideas con los actos, en caso contrario se corre el riesgo de que sea un movimiento inútil.

Hay un sinsentido en la idea principal del pacifismo: que toda unidad política debe renunciar a la guerra. Una unidad política se ha de defender sola o en alianza, pero no tiene otra fuerza superior para acudir a su protección, por lo que ha de buscar ella misma la manera de salir lo menos perjudicada posible, acudiendo a las armas si así lo estima conveniente. Y por ello una declaración de guerra no supondrá ninguna violación de los derechos humanos, salvo si efectúan acciones contrarias a la ética de la conducta en toda contienda.

Aquí falla una vez más la apreciación de una población sumida en el absurdo del desorden de las ideas que han generado los constructivismos. Se ha extendido la creencia de que los ejércitos son una especie de ONG, con las solas funciones de policía y asistencia social a los desposeídos o castigados por cualquier problema, por lo que les deja atónitos que el ejército de un país occidental entre en guerra. Lo más grave de esta movilización fue que la multitud pretendía decidir sin asumir responsabilidades. La movilización antiguerra, aparte de los intereses políticos que estaban en juego, permitió descubrir que muchos manifestantes presentaban una ilusión acomodaticia para mantener las condiciones de paz. Esta postura era irresponsable, porque no se puede exigir explicaciones a un colectivo cuando por su causa se produzcan tragedias futuras. Como se sabe, la búsqueda de la seguridad inmediata no

es la mejor garantía para la paz, como ocurrió, por ejemplo, con los acuerdos de Munich de 1938.

El movimiento demostró que los activistas no fueron capaces de probar que mantener la paz era mejor que llevar a cabo una guerra. Pero ¿qué podían garantizar los manifestantes de la conducta del régimen iraquí? Los movimientos no llevaban consigo ninguna solución al problema concreto internacional, lo único que podían conseguir era aplazar la crisis. En cambio, nada se hizo para superar la diatriba de cómo rechazar la intervención armada sin apoyar el régimen de Sadam. La petición de los movilizados suponía que la superpotencia norteamericana habría de respetar la conducta del régimen iraquí, olvidando que a la fuerza sólo la detiene la fuerza. En realidad la estrategia consistía en hacer que Estados Unidos retrocediera ante el adversario iraquí, juzgado inocente.

El movimiento no fue, pues, neutral, resultando un apoyo implícito al régimen iraquí. No se quería su desaparición, prefiriéndose que la población siguiera sometida al sátrapa. La movilización «pacifista» eligió aparentemente la paz, aunque indirectamente apoyó un régimen que violaba sistemáticamente los derechos humanos. Así pues, la movilización se recordará por su apoyo indirecto al régimen iraquí y a los intereses de otros países que traficaban con Irak. Las ideologías colectivistas preferían la victoria del fundamentalismo islámico y su expansión antes que Norteamérica acumulara más fuerza, pues el dinamismo de su sistema le permite superarse casi sin pausa. Puesto que es fácil ver intereses en las posturas enfrentadas, el conflicto no ha sido un paso importante para imponer el criterio de la paz al de la guerra. Seguramente la presión contraria de la opinión pública provocó que las fuerzas anglo-americanas tuvieron un cuidado especial para dañar lo menos posible a la población. Fundamentalmente para no exasperar más a la opinión pública «pacifista», que se vio contrariada por no poder denunciar el castigo que debía sufrir la población.

Suele ser corriente en los antibelicistas la falsa presunción de que en el progreso de la sociedad va implícita la

paulatina supresión de la guerra y que son mayores las posibilidades del acuerdo para evitarla. Esta visión seudo-científica no quiere darse cuenta de que, si bien se ha avanzado en los contenidos de las declaraciones y códigos internacionales, no es paralela a la disminución de la violencia ni de los deseos de los gobernantes, grupos y oligarquías de dominar a los pueblos y a las personas. Se acepta erróneamente que la evolución del hombre le convierte en un ser menos agresivo y más dialogante, ya que son los sistemas y los regímenes los que detienen el curso progresista del género humano. Sin embargo, el siglo XX demostró que la capacidad agresiva y las mayores brutalidades las pueden hacer tanto los pueblos más primitivos como los más cultivados y no hay prueba de que haya habido un cambio sustancial en los últimos años para que llegue la «revolución de la paz».

Es improbable que la política internacional esté cambiando hacia una sociedad internacional cada vez más pacífica. Las sociedades políticas se transforman y algunas acrecientan su fuerza pensando que les dará mayores posibilidades de conseguir beneficios. En este caso nada puede hacer el Derecho Internacional al no poder mantener una estabilidad ni un equilibrio constante entre las unidades políticas. El Derecho Internacional no cuenta con ninguna fuerza superior para equilibrar las variaciones de los Estados. La paz no puede imponerla el Derecho Internacional, al ser producto de la política. Para acabar con la guerra es necesario crear un sustituto para ella.

VIII. UN DESIERTO DE IDEAS

Las consignas y el modo de proceder del movimiento antinorteamericano han sido una combinación basada en unas creencias nacidas a principios del siglo anterior con formas postmodernas. Lo que más sintonizó con los tiempos actuales fue la publicidad, vendiéndose el «no a la guerra» como se haría con cualquier otro producto. El mayor logro intelectual de algún publicista se debió a que fuera

aceptado y seguido el lema que, en realidad, estaba limitado al posible conflicto iraquí. Quizá sea una muestra de las posibilidades moralizantes de la publicidad para moverse en torno a un producto cuyas especificaciones están recogidas en un envase de hace muchos años.

El movimiento presentó algunos de los siguientes rasgos: escasez de ideas; muchedumbre desfilando por la pasarela urbana con el modelo común en el pecho; exaltación publicitaria; integración de masas por individuos aislados; diversión ante el aburrimiento cotidiano; ausencia de responsabilidad y pasividad en la ayuda; emoción televisiva; demagogia a raudales con valores que no se viven en la realidad; ignorancia sobre lo que en verdad produce la toma de decisiones en los Estados; sacrificios aparentes que nunca toman cuerpo cuando se exige generosidad en el esfuerzo, etc. La procesión festiva de la muchedumbre sirvió para desahogar las tensiones y expresar el odio acumulado por las fricciones cotidianas, lideradas por los más privilegiados, los que viven, de una u otra manera, del presupuesto público. Fue una muchedumbre contradictoria en movimiento: Preocupada por la guerra de Irak, era ajena a la existencia de otras veintitantas guerras que había en el mundo; sensibilizados por el posible padecimiento del pueblo iraquí, no les importaban los que sufrían en otras guerras; se preocupaban por la violencia de Irak pero no se movilizaban para erradicar la violencia que sufre la población; se muestran preocupados con el sufrimiento de los iraquíes y muchos de ellos abandonan a sus parientes más próximos en las residencias del «bienestar».

Tanto intelectual como sentimentalmente fue un movimiento paupérrimo. Es difícil encontrar tantos participantes con tan pocas ideas. En parte, porque sus dirigentes presentaban un encefalograma intelectual plano. Sus doctrinarios, los intelectuales que rechazaron el conflicto, olvidaron que la inteligencia tiene ciertas e indiscutibles funciones. Los abajo firmantes que apelaron y quisieron apoderarse de la razón, presentaban una cierta discapacidad racional y, como observa Gustavo Bueno, ninguno podría ofrecer una mínima teoría sobre la razón y la cultu-

ra. Seguro que unos cuantos de ellos no serían capaces de comprender algunos de los sistemas racionales ya creados. Terrible paradoja de los que intentaron monopolizar el uso de la razón en el conflicto. La cosa se aclararía en cuanto descubriéramos que el grueso de los intelectuales lo constituían los agradecidos a los partidos políticos, al haber sido un apoyo en la siempre difícil tarea de ubicarlos en el mundo de las letras, en la universidad, etc.

Por eso los movimientos contrarios a la guerra de Irak no fueron un avance de la razón pacífica que cuestiona la humanidad de la guerra, ni representó el avance de la moral social por la senda de una mayor sensibilidad humanitaria. Sólo un ingenuo puede creer que el hombre actual es más humanitario y solidario que hace un siglo. Fue un movimiento ideológico-político obsoleto, donde quedó demostrada la incapacidad del progresismo para idear un nuevo discurso a tono con las necesidades de los nuevos tiempos. Por el mismo motivo, se puede decir que no ha habido una teoría de la paz asumida por todos los manifestantes.

Como en toda acción colectiva, además de ser dirigida por los políticos profesionales, colaboraron llamativamente quienes influyen en las conductas sociales y pueden expresar mejor la demagogia: los titiriteros con nómina ideológica. Lo intentaron hacer a conciencia, pero se notó demasiado su interpretación, al no ser capaces de representar ninguna verdad, ni siquiera un pequeño ensayo de ella. Se tenía la impresión de que la guerra les preocupaba más bien poco, notándose demasiado su interés por hacer méritos en el casting de la política de subvenciones.

Llamó la atención, pues, la falta de recursos creativos del movimiento y tampoco se hizo mucho por mantener las apariencias: apenas se notó emoción humanitaria. Los que hicieron algo más que salir a la calle con la pegatina fueron los que pomposamente se autodenominaban escudos humanos, si bien carecieron del sentido del ridículo, al desaparecer cuando las fuerzas anglosajonas iban a iniciar el ataque. Conducta típica de la sociedad del espectáculo.

Este movimiento postmoderno también se caracterizó por combinar el confusionismo y la apariencia. Además de ser un movimiento político, también fue definidamente moral, o más exactamente, de una especie de moralina de masas que pretendió tener alcances universales. Para ser un movimiento con auténtica voluntad de paz y de rechazo a la violencia, deberían haber confluido individualidades unidas en la concordia y en la solidaridad y, una vez que se produjera una conversión colectiva, asumiría un papel de guía para la desaparición de todo conflicto, tanto en el exterior como en el interior de los Estados. Naturalmente nadie osaría pensar que las masas estuvieran desideologizadas, ni que postularan el altruismo más desinteresado para poner su confianza en el más justo sistema de paz.

En el fondo las movilizaciones han sido una forma de lucha con los medios que han podido utilizar: amenazas, presiones, denuncias, agresiones, huelgas, reuniones, protestas, medios en los que se ejercía una violencia controlada por la imposibilidad de no poder tomar otras medidas.

Como no ha habido verdadero deseo de paz sino una lucha contra un enemigo, no se puede constatar que se haya acelerado la venida de la paz definitiva en la historia. Sencillamente han fracasado las pretensiones de los manifestantes y la guerra ha terminado de la peor manera posible para ellos: con la derrota de Sadam mediante una campaña rápida y con pocas pérdidas de vidas humanas.

Que el movimiento de la paz ha sido tan falso como sus consignas lo demuestran los actos. La veracidad se hubiera comprobado si los manifestantes hubieran antes participado en el cambio del entorno conflictivo: en el trabajo, en la casa, o en cualquier otro ámbito, formando agrupaciones de convivencia ajenas a las relaciones del sistema económico y político imperantes. Igualmente, el movimiento sería sincero si se comprobase que han participado en su mayoría hombres transformados a través de diferentes formas de vida ajenas a todo conflicto. Si analizásemos las personas que rechazaron la guerra, es dudoso que la mayoría llevaran una conducta virtuosa y pacífica, y que sintieran una llamada especial de amor abstracto al pue-

blo iraquí, y menos que se sacrificaran para acoger al desvalido. El juzgar como escasamente sincero el movimiento es porque fue una manifestación un tanto hipócrita que trata de beneficiarse del legítimo ejercicio del poder político de gobernar democráticamente.

En la historia han surgido movimientos sociales que por su trascendencia se convirtieron en acontecimientos. Cuando un movimiento pone en marcha la historia se debe a que proyecta sobre la sociedad un cambio de mentalidad e insufla una nueva vitalidad cuyas consecuencias van, desde transformar estructuras hasta la posibilidad de suscitar una crisis profunda. Si el movimiento objeto de análisis tuviera tanto interés por la paz, su fuerza haría retroceder significativamente la violencia social. La verdad es que no ha existido ningún proyecto social, aparte de los mecanismos de represión políticos, que tuviera como fin la eliminación del conflicto. Tampoco se percibe la formación de abundantes movimientos solidaritarios para evitar que la violencia descargue individualmente. Al contrario, ha aumentado exponencialmente en las urbes sin que parezca preocupar excesivamente a los «pacifistas». La sociedad sufre su azote, desentendiéndose de una participación colectiva para reprimirla y se deja que sean los cuerpos policiales los que la limiten. La sensibilidad social no llega a ser tan fuerte como para que los poderes públicos tengan como prioridad el reducirla sensiblemente.

La realidad es que, en la cotidianidad de las sociedades occidentales, predomina la pasividad y la tolerancia con el crimen, salvo el que afecta al machismo conyugal. Es difícil aceptar el razonamiento de que deben crecer cada vez más los derechos de los criminales, pues en igual proporción disminuyen los de las víctimas. En plena enajenación mental hay quien sostiene que los delincuentes no deben ser encarcelados. Pero, curiosamente, cuando se ponen todas las trabas para impedir que se logre una paz interna para disminuir el conflicto interno, se exige que los gobernantes persigan la seguridad externa, manteniendo la paz al precio que sea. Esta distorsión de la realidad no aporta

mayores cotas de paz, porque la incongruencia termina por llevar al relativismo y a la dejación de la responsabilidad colectiva.

Puede aclarar las cosas la explicación de que se ha llegado a extender el intelectualismo —demagogia y apariencia en defensa de los valores y conductas corrompidas— por la colectividad. La publicidad de la pegatina procede de la unión de sensiblería y sentimentalismo, haciendo creer que ha crecido el humanitarismo y despertado la sensibilidad hacia el sufrimiento ajeno. La estulticia también es producto de las contradicciones irracionales. A muchos les preocupa la alta mortalidad de las focas en el Adriático y no les importa que en un país comunista se ejecuta a las personas por intentar alcanzar la libertad. Se dan muestras teatrales de dolor por el posible sufrimiento de los niños iraquíes, pero el consumo en los países desarrollados de pornografía y solicitud de sexo infantil ha alcanzado grados de epidemia mental. Sin olvidar el gran crecimiento de la indiferencia hacia el otro en la vida cotidiana.

IX. LOS DERECHOS HUMANOS Y LA GUERRA

No puede pasarse por alto la posible violación por parte de las potencias anglosajonas del espíritu de los derechos humanos —el derecho a la paz— al haber desatado el conflicto.

Los derechos humanos son una mezcla de código moral y jurídico que pretenden obligar en conciencia a cada uno de los individuos: expresan en el fondo la exigencia de crear una nueva organización que adapte todos los órdenes normativos a la moral, dejando al científico y al técnico que sigan su propio desarrollo, confiando que sus resultados confirmarán lo pretendido por los derechos. Por eso los derechos humanos no son solamente una opción, sino una exigencia universal para que todo cambie según la moral. Se parte así de un claro optimismo antropológico en el que se urge a transformar el sistema con arreglo a

critérios morales. Cabe sostener que los derechos humanos son una síntesis superior de la diversidad de códigos morales y religiosos existentes, pretendiendo lograr lo que no habría conseguido ninguna religión: la unificación moral de la humanidad. Naturalmente con la única salida posible: la superación de la diversidad religiosa y de la propia religión, idea que merece una explicación.

Utilizados por el colectivismo, se pretende neutralizar con los derechos humanos las diferencias religiosas mediante la aceptación laica de sus contenidos. Dentro del esquema constructivista que tienen los derechos humanos, en la lucha estratégica para su implantación se destaca un camino: el de neutralizar toda religión, convirtiéndose en un dogma sustituto de toda trascendencia en un mundo sin Dios. Los derechos humanos representan la superación de la religión mediante la construcción de un universo mental donde la creencia trascendente se ve superada por una síntesis de lo mejor de las religiones, pasada por la criba de la razón, con la supresión de cualquier connotación natural del hombre que pudiera ser respetada. La revolución constructivista habrá de ser universalista, rechazando cualquier interés esencialista y predisponiendo al hombre para cualquier transformación requerida por la recta razón materialista. Los derechos humanos abren su contenido a cualquier necesidad humana. Esta última se origina tanto de la aspiración y de la imaginación como de los requerimientos ideológicos. Por eso hoy obligan subrepticamente a conseguir dos objetivos fundamentales: acabar con aquellos principios que entran en confrontación con los de los derechos humanos, y, en segundo lugar, eliminar lo natural mediante cualquier forma social o política que permita superar la naturaleza de los órdenes. La existencia no debe subordinarse a ninguna creencia. El individuo debe perder sus características y tendencias naturales, por lo que se justifica el aparato coercitivo más fuerte hasta conseguir que el hombre deje de ser hombre y la mujer deje de ser mujer, única manera de salvar los instintos y tendencias naturales. En la época del dominio de la ciencia y de la técnica en el que se permite transformar,

dentro de unos límites, el cuerpo humano según los deseos de los sujetos, cabe que la fuerza de la represión sea llevada y dirigida para imponer la constitución de un sistema como el que reclama el contenido de los derechos humanos. Aquí, en realidad, no se parte de la naturaleza del individuo para llegar a implantar los derechos, pues en caso contrario debería concebirse un código ético que impusiera una conciencia obligando a los individuos a adaptarse a ella. Se cree que todo es posible de obtener en cuanto se funcione adecuadamente. Se acepta que el mundo es diverso, que son muchas las religiones, creencias, ideologías existentes, así como las formas de vida. Pero al observar tantas diferencias, en vez de dejar que la naturaleza humana sea diversa y libre, adopta la convicción de que haya creencias y códigos universales que superen las antiguas diferencias. La superación de la religión supondrá también el final de las separaciones y enfrentamientos debidos a su existencia, por lo cual uno de los objetivos más importantes que puede alcanzar una sociedad consiste en evitar la guerra y someter la política a la declaración deontológica de los derechos humanos. Se lograría vencer así la base religiosa que presentan muchos poderes, entre ellos el norteamericano, y que son el motivo de que apelando a la trascendencia, se quiera legitimar muchas acciones bélicas dejando al margen la racionalidad humanitaria.

Hasta ahora se han marcado dos vías diferentes para establecer los derechos humanos: Primero, a través del Tribunal Internacional de Derechos Humanos que forma parte globalmente la Declaración Universal de los Derechos Humanos, los Pactos Internacionales de Derechos, Económicos, Sociales y Culturales y de Derechos Civiles y Políticos, así como los Protocolos Facultativos referidos al último punto reseñado. Existe la intención de que los principios expresados en la Carta, aunque puedan ser abstractos, se hagan realidad de acuerdo a las aspiraciones de los derechos. El universalismo ha optado por cambiar el mundo a través de la proclamación jurídica de la moral universal con el fin de que todas las culturas, creencias y siste-

mas de todo tipo se adapten a sus principios. Y aquí es donde entra en juego la utilización de los medios para llevar a cabo los contenidos de la declaración y hacer efectiva la moral universal. La segunda vía o forma de imponerlo es a través de la opinión pública, por cierto, llena de contradicciones. En los Estados desarrollados y en sus dirigentes hay un temor a la crítica que, en algunos casos, lleva emparejada sanciones de tipo diverso para castigar su violación o para cambiar el ejercicio del poder o algún sistema incompatible con los derechos.

De la esperanza surge el proyecto en el que va inmersa la construcción de un orden nuevo y un individuo también diferente, que sólo puede elegir dos caminos: o se cambia al individuo, mentalizándole para que esté dispuesto a aceptar la opinión de los demás cuando no es posible el acuerdo, o bien es preciso transformar todo el sistema para que profile otros modos de vida que no permitan ningún tipo de violencia. En este segundo caso se defendería la idea de que son los sistemas los que hacen a los hombres. Por lo cual cabe todo tipo de proyectos para convertir al individuo en un ser perfectamente adaptable a una colectividad. Basta partir de la concepción de que el hombre nace sin determinar. La historia se convierte así en una especie de enseñanza en cuanto acumulación de saber, pero también en una aglomeración de experiencias que el hombre ha formado erróneamente para que transcurra su existencia personal.

Hace años que las ideologías han preparado a las sociedades desarrolladas para que predomine lo colectivo sobre lo individual, aunque el resultado es que las muchedumbres estén formadas de individuos solitarios. Se pretende que lo colectivo, organizado por el aparato del Estado, lleve a objetivos obligados, como el formar una comunidad social omnicomprensiva de la totalidad de la vida del individuo, lo que es imposible en una sociedad poblada por personas libres y autónomas. El pensamiento ha dirigido y puesto las bases para conseguirlo. El objetivo es superar la mayor parte de las formas repetidas en la historia a través de otras formas, activas o no, intelectuales, ideoló-

gicas, morales, para dar el salto adelante definitivo de la humanidad, superando por fin la prehistoria. Por eso, como se ha dicho antes, los derechos humanos van más allá de las pretensiones individualistas, por ejemplo, del cristianismo, pues constituyen la expresión de un colectivismo universal que pretende influir directamente en el individuo mediante la obligación colectiva. Quieren ser mucho más que una moral, puesto que, a fin de cuentas, ésta deja al individuo ante la opción de realizar el bien como perfeccionamiento personal y como beneficio para la comunidad. En la moral debe predominar la iniciativa individual para mejorar lo colectivo. Los derechos humanos han de ser más que un código moral que obligue a una intervención política coactiva para llevar a cabo sus principios. El cambio histórico afectaría a toda la dimensión humana. El fin no tiene una causa determinada; en última instancia sus contenidos son buenos por sí, sin que importe la realización personal. La abstracción prescinde de lo concreto. Lo importante es la realización de la humanidad y no el individuo, que ha de adaptarse a unas coordenadas universales para la realización del ser genéricamente constituido. Teóricamente son derechos personales; sin embargo la persona ha de estar dispuesta para que se realice la humanidad, que es lo que importa. De ahí que cuando se activa la política de los Estados buscando su propio interés, se juzga como un desencuentro con la universalidad de los derechos humanos, que quieren una actividad en la política internacional que vaya en beneficio de su proyecto, en el que forma una parte importante la paz perpetua. Este tipo de paz significa la toma de conciencia de cada uno de los hombres y de las sociedades que componen la humanidad para no adoptar ninguna medida de fuerza contra el otro.

Sin embargo, todo queda supeditado a la coacción, pues tanto para cambiar como para ir adaptando los individuos a los principios colectivos de los derechos no basta la evolución por sí, sino que la transformación ha de convertirse en un deber ser coactivo para que las aspiraciones universales arrastren los objetivos personales.

Se quiere que la política esté al servicio del universalismo para reducir la heterogeneidad existente. La realidad muestra que hay una gran contradicción entre universalidad y respeto «a las particularidades nacionales y regionales, así como de los diversos patrimonios históricos, culturales y religiosos», como se decía en la «Declaración y Programa de Acción» en la Conferencia de Viena. Porque el respeto a las diferencias de credo y cultura son difícilmente compatibles con su carácter universalista, salvo que se aspire a que el mundo vaya a una homogeneización por medio de la globalización. En cuanto se admitan las particularidades religiosas, morales o culturales, es imposible que no entren en confrontación con los derechos. Al final si se quiere hacer valer la Declaración Universal de los Derechos Humanos, deberá ser impuesta a la fuerza y mantenida por ella. Ya la Comisión de Derechos Humanos defendió la necesidad de «elaborar normas específicas que establezcan mecanismos de control y supervisión internacional del comportamiento de los Estados»¹ Se apunta así a una fuerza internacional superior a los Estados para imponer el respeto a los derechos humanos.

De ello se deduce que no se abandona el recurso a la fuerza y se deja a la política que sea la garantía de los derechos. Sin embargo, contrariamente, se quiere cambiar la esencia de la política, que es amoral, subordinándola a los presupuestos morales. De ahí que haya que insistir en que se intenta llevar a cabo una república universal laica asentada en los derechos humanos, al superar lo que hasta ahora en la historia del hombre no ha sido posible, superando por fin los resultados negativos de someter la política a la moral.

Esto contrasta con la idea de que el progreso es indiferente a la ética: en verdad no hay progreso moral. No se puede demostrar, en relación con otras épocas, que en los países desarrollados el ciudadano actual ame más, sea más sacrificado, más responsable, más justo, incluso más

¹ L. DIEZ DE VELASCO: «Instituciones de Derecho Internacional Público», Madrid, 2002, p. 551.

razonable. Podría decirse que la Declaración de los Derechos Humanos representa un avance moral respecto a otras épocas por el aumento de la sensibilidad ante las desgracias humanas. Pero también podría deberse a la presión utilitarista, porque el individuo es capaz de establecer toda suerte de mecanismos a fin de evitar desgracias individuales y colectivas que a él también podrían afectarle. Dejando al margen la procedencia de los contenidos de los derechos humanos, no puede decirse que hayan superado la moral cristiana de obligación de amor hacia el otro, de considerarlo hermano, de trascender la realidad por unos deberes superiores para con Dios y los demás. La diferencia estriba en que los derechos han sido aceptados universalmente a partir de una perspectiva política, debido a la extensión de las relaciones entre los países de los diferentes continentes, el desarrollo de las comunicaciones y de la economía, etc. Estos derechos han nacido como una capa superior que pretende superar las culturas y religiones a fin de lograr una unidad moral de la humanidad. Pero no cabe olvidar que cuando se produjo la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano se llevaron a cabo tragedias y persecuciones, comprobándose que la Declaración no había reducido el mal, ni la capacidad violenta y brutal de los hombres que defendían una sociedad basada en la Declaración. Lo mismo ocurriría después. No parece que estemos ante un avance moral, pues, si la prudencia política y los mecanismos de fuerza no lo evitan, es de temer que el hombre cause las mismas desgracias que en otras épocas anteriores.

Los derechos humanos han de instalarse como una vocación universal, bien por convencimiento o por la fuerza, a la que se acudiría si se quisiera. Este es el problema que hay que resolver cuando una fuerza política se opone frontalmente a la ansiada unión humana. La guerra, aunque en principio no es contraria a los derechos humanos, lo es realmente en tanto es un freno a la necesaria evolución humana hacia una comunidad universal presidida por tales derechos. Desde esta perspectiva, la guerra de Irak no fue favorable a los derechos humanos en tanto que puso la

política al servicio egoísta de las unidades nacionales, deteniendo el curso de la paz, que según la doctrina ha de estar dominada por los derechos del hombre.

X. CONCLUSIÓN

Los movilizados no pudieron sustraerse a la conducta dramática que mueve la historia. Por lo sucedido hasta ahora, los resultados son desalentadores para los temporalmente pacifistas, puesto que la «gran movilización» no evitó la guerra y los países que llevaron a cabo las acciones militares consiguieron los objetivos de derrocar al dictador y al régimen que encarnaba. La enseñanza siempre es la misma: hay que tener presente el carácter de las relaciones internacionales, y sobre todo, de la política internacional.

No hay ninguna evidencia de que las manifestaciones sean el producto de una nueva era o de que se haya dado un impulso hacia la paz perpetua. Hoy, quizá, lo nuevo sea que los Estados desarrollados son más pacíficos en su relación con otras unidades nacionales, orientándose la violencia hacia el interior de cada país, por lo que no ha disminuido la agresividad por efecto de la concienciación pacífica.